

INDICE

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO 2012-2013

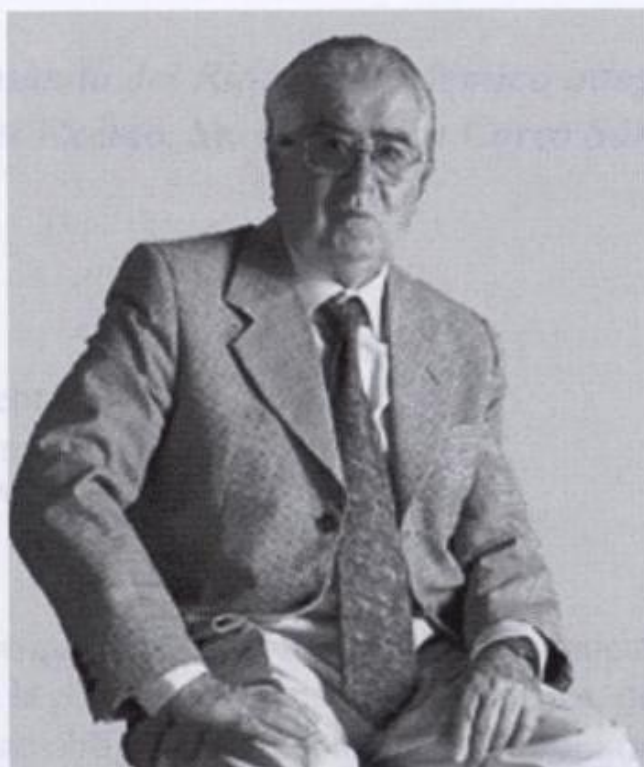
Palabras de la Presidenta de la Academia	9
Exposición del libro de Actas	13
Recepción Académica del Excmo. Sr. Don Francisco Escudero	15
FESTIVIDAD DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA	
Palabras de la Presidenta de la Academia	27

BOLETÍN DE BELLAS ARTES XL

Palabras de la Presidenta	39
Sr. D. José Antonio García Ruiz: "Carta a Francisco García Gómez"	41
Sr. D. Juan Cordero Ruiz: "Francisco García Gómez. Profesor y artista"	43
Sr. D. Francisco Arquillo: "Francisco García Gómez. Pintor y escultor"	49
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Escultor"	51
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Pintor"	53
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Escultor"	55
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Pintor"	57
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Escultor"	59
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Pintor"	61
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Escultor"	63
Sr. D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez. Pintor"	65



SEVILLA, 2012



**SESIÓN EN RECUERDO DEL ILMO.
SR. D. ARMANDO DEL RÍO LLABONA**

Hay que decir, de primer lugar, que la biografía artística de Armando del Río estuvo íntimamente ligada a nuestra Academia desde que a finales de la década de los cincuenta del pasado siglo concluyó sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, sucesora y heredera de la tradición artística forjada ya en 1660 con la creación de la Academia del Arte de la Pintura que fundaron Murillo, Valdés Leal y Herrera el Mozo.

En aquella Escuela, hoy convertida en Facultad de Bellas Artes, de la que Armando del Río fue Catedrático, nuestro recordado pintor recibió clases de Sebastián García Vázquez, de Juan Miguel Sánchez Fernández y de Alfonso Grosso Sánchez, a todos los cuales reconocía como maestros aunque fuera el último de ellos con quien mantuvo vínculos más estrechos. Pero esta formación,

***"Armando del Río: un académico integral",
por el Excmo. Sr. D. Ramón Corzo Sánchez***

Excma. Sra. Presidenta,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
querida familia de Armando del Río,
Sras. y Sres.

La evocación que debo hacer hoy en nuestra Academia de la personalidad del gran maestro de la pintura sevillana contemporánea, don Armando del Río Llabona, es una triste obligación que quisiera cumplir sin que la amistad y el afecto parezcan imponerse sobre los méritos personales de un artista cuyos valores profesionales y académicos fueron reconocidos durante más de sesenta años con múltiples distinciones y con la merecidísima atención a todo lo que nos ofrecía.

Hay que decir, en primer lugar, que la biografía artística de Armando del Río estuvo íntimamente ligada a nuestra Academia desde que a finales de la década de los cincuenta del pasado siglo concluyó sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, sucesora y heredera de la tradición artística forjada ya en 1660 con la creación de la Academia del Arte de la Pintura que fundaran Murillo, Valdés Leal y Herrera el Mozo.

En aquella Escuela, hoy convertida en Facultad de Bellas Artes, de la que Armando del Río fue Catedrático, nuestro recordado pintor recibió clases de Sebastián García Vázquez, de Juan Miguel Sánchez Fernández y de Alfonso Grosso Sánchez, a todos los cuáles reconocía como maestros aunque fuera el último de ellos con quién mantuvo vínculos más estrechos. Pero esta formación,

tan vinculada a la pintura sevillana más tradicional, no le impidió pasar a ser muy pronto uno de los mejores impulsores de su renovación, que ya entonces se veía necesaria. Armando del Río nunca separó su labor de la Escuela ni de la Academia, aunque con mayor interés que muchos otros se dedicara a introducir nuevas técnicas, formas y asuntos que expresaban sus inquietudes.

El reconocimiento a su buen hacer fue inmediato y tan relevante como para llevarle a obtener entre 1950 y 1958 toda la serie posible de los premios anuales que se otorgaban en nuestra ciudad y que le permitieron ampliar sus estudios: el pensionado en la Rábida, los premios del Ayuntamiento y del Gobierno Civil, las becas "Murillo", Velázquez" y la von Karman en dos ocasiones, hicieron posible que viajara a Marruecos, que hiciera largas estancias en Inglaterra y Escocia y que permaneciera en 1955 y 1956 en la Academia de Roma; desde todos estos lugares, donde participó en exposiciones y en los que sus obras quedaron en distintas colecciones y museos, Armando del Río no dejaba en ningún caso de tener presente la vida artística sevillana.

Cuando en 1952, nuestra Academia creó la Exposición de Otoño como contrapunto a la de Primavera que mantenía el Ateneo, y que era, a su vez, heredera de los premios académicos instituidos en el siglo XIX, en la ciudad se produjo una reactivación del interés social por las Bellas Artes, que tenían su lugar de expresión dos veces al año en el Pabellón Mudéjar de la Plaza de América. Armando no dejó de concurrir puntualmente a estos certámenes en los que consiguió con asiduidad los mejores premios durante treinta años, hasta que desapareciera el concurso del Ateneo y su ingreso en nuestra Academia hiciera incompatible su participación, después de haber obtenido tanto la Medalla de Oro del Ateneo como el Primer Premio de la Exposición de Otoño. De su interés da buen testimonio el que conservara todos los catálogos de estas exposiciones, lo que nos ha permitido recientemente, completar la información conservada en la propia Academia.

Sin embargo, y de forma paralela a su lealtad hacia la Escuela Superior y la Academia, también manifestó su deseo renovador en otros ámbitos distintos. En el mismo año de 1952, formó parte del grupo fundador de la llamada "Joven Escuela Sevillana", en la que se revelaron las aportaciones de los artistas más inquietos del momento. En la primera de estas exposiciones, Armando del Río presentó tres obras: *Interpretación y modelo*, *Fracasao* y *Plaza de la Virgen de los Reyes*, muestras de los distintos géneros y tendencias en los que interesaba en aquellos momentos.

En el salón del Club La Rábida, al amparo de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, se sucedieron en la década de los cincuenta varias

exposiciones de aquella “Joven Escuela” y de otros grupos que ofrecían al público la alternativa al arte sevillano tradicional. Estas exposiciones estaban vinculadas a jóvenes poetas y músicos cuyo empeño renovador les proporcionó un merecido reconocimiento social. Por este cauce, Armando pudo participar en otros certámenes monográficos como las bienales de Arte Hispanoamericano, en las que sus obras llegaron así a Cuba o se expusieron en Barcelona junto a las de maestros consagrados como Vázquez Díaz, Benjamín Palencia y Ricardo Zabaleta o las de los entonces también muy jóvenes, Millares, Rivera y Oteiza. En 1957, tras varios años de viajes y fructíferas experiencias, Armando participó en siete exposiciones nacionales del mayor nivel.

Finalizada esta década formativa y de revelación de sus valores personales, en los años sesenta Armando del Río consolidó su carrera profesional como docente con la obtención por sucesivas oposiciones de todas las plazas del escalafón de las antiguas Escuelas de Artes y Oficios y de la Escuela Superior de Bellas Artes, en la que ganó en 1967 la Cátedra de Composición y Colorido que había desempeñado hasta la jubilación su maestro don Alfonso Grosso.

Ya en aquellos momentos, el propio Grosso le ofreció el ingreso en la Academia, pero Armando era tan firme en sus nuevos conceptos artísticos como en la consideración de respeto hacia nuestra Corporación que estimaba como un escalón de excesiva altura para él, de modo que no sería hasta 1984 cuando accediera a suceder en la Academia precisamente a su maestro Grosso, a quien dedicó el discurso de ingreso. Desde entonces hasta su fallecimiento, Armando del Río ha sido uno de los Numerarios más activos tanto en su asistencia a las sesiones como en la participación en las actividades, exposiciones, ciclos de conferencias, e, incluso, en las Juntas de Gobierno donde ocupó sucesivamente los cargos de Tesorero y Conservador.

Durante muchos años sabíamos que su presencia era segura todos los *martes*, cuando llegaba después de visitar devotamente la cercana iglesia de Santa Marta. Puedo asegurar que su disposición a colaborar en las tareas académicas fue siempre decidida y desinteresada, al tiempo que sus opiniones contenían siempre la sabiduría de quien valoraba por encima de cualquier otra cosa el prestigio de nuestra Corporación.

Llega así el momento en el que debo hacer mención de mis vínculos personales con el amigo desaparecido. Me gusta pensar que quizás conocí a Armando en los años cincuenta, en sus exposiciones del Club La Rábida, muy cercano a mi casa y que yo visitaba regularmente de niño; él recordaba también

mi casa porque en ella vivía entonces la familia del poeta Aquilino Duque que participaba en las actividades de aquellos jóvenes artistas inquietos.

Si nos limitamos a momentos más cercanos, tengo que destacar que tuve el honor de que fuera precisamente Armando del Río uno de los firmantes de mi propuesta de ingreso en la Academia en 1989; él mismo tuvo la deferencia de venir a comunicarme personalmente mi elección junto a nuestro añorado Presidente de Honor, don Antonio de la Banda y Vargas, y desde aquel día mantuvimos una intensa relación de afecto y de colaboración, que se hizo rápidamente extensiva a nuestras familias y nos ha dejado para siempre el grato recuerdo imborrable de las veladas que mi mujer y yo hemos compartido con Ana y Armando a la salida de la Academia.

He tenido oportunidad de explicar en mis clases en muchas ocasiones todo lo que me ha sido posible saber desde entonces de la pintura; gracias a las conversaciones con Armando, en su estudio y en la Academia, he llegado a comprender múltiples facetas que sólo los artistas conocen y que para los historiadores del Arte resultan especialmente reveladoras. Desde los procedimientos de la preparación de los lienzos y los colores hasta las dificultades de la colocación del modelo o de la proyección de la luz, Armando me explicó muchos secretos del quehacer artístico y entre todos ellos el más complejo de la tensión dramática que sufre el pintor para conseguir que lo concebido en su mente sea trasladado al lienzo por unas manos que es necesario dominar en sus más leves movimientos. Recuerdo especialmente el esmero con el que Armando cuidaba la cabeza de gamuza del "tiento" en el que apoyaba la mano derecha para conseguir la máxima precisión en los toques definitivos que aplicaba con sus pinceles más finos.

Con todo ello, Armando perseguía la consecución de una obra en la que todos los conocimientos técnicos se conjugaban para obtener la representación de sus sentimientos estéticos. En sus viajes y estancias en diversos países, Armando había conocido tanto las tierras vibrantes de Marruecos como las doradas cúpulas de las iglesias rusas, pero le seducía especialmente el perfil de los palacios venecianos. También había estudiado las obras de muchos grandes maestros y sus técnicas, de los que fueron los prerrafaelitas británicos quienes más le atrajeron. En toda la obra de Armando del Río aparecen componentes de evocación de la Antigüedad y el Medievo, de complacencia estética en los detalles de los elementos ornamentales y de sugerencias idealizadas de personajes irreales que expresan el deseo de construir con lo percibido otro mundo más amable y atractivo.

En el complejo devenir reciente de la Historia del Arte, Armando representa un nuevo capítulo de la construcción de mundos de ensueños, con valores expresivos románticos y recreaciones ornamentales para acompañar imágenes de simplicidad y elegancia cuatrocentista. Muchas de sus obras contienen fondos oscuros entre los que se recortan edificios maravillosos y seres imaginarios, con el mismo poder evocador que hoy construye la nueva estética cinematográfica de sagas como las de *El Señor de los Anillos*, *Narria* o *Harry Potter*; la pintura de Armando es así una expresión genuina del “realismo mágico” que informó el arte y la literatura en la década de los cincuenta y al que siempre se mantuvo unido.

La irrealidad mágica de la pintura de Armando encontraba, sin embargo, uno de sus mejores terrenos en los temas religiosos. Era una especial sensibilidad la que le permitía representar a los seises vibrando a través de breves pinceladas contenidas como las de sus pasos de baile. Las imágenes de la Virgen eran también para él un asunto que resolvía con innovaciones muy personales; si en el rostro de María solía incluir formas leonardescas, siempre sabía introducir además un rasgo de realismo que hacía pensar en un retrato moderno; luego, los retazos arquitectónicos, los animales imaginados, las flores y las nubes iluminadas por astros enigmáticos configuraban alrededor de estas facciones un mundo singular.

Nos gusta pensar que Armando deseó ser un pintor de la Virgen como San Lucas; por eso, cuando nos dejó el pasado día de la Inmaculada, creímos que María le había dicho que le acompañara después de escuchar a las tunas en la Plaza de su Triunfo. Al fin y al cabo, María le agradecerá siempre a Armando que la representase acompañada de esa nueva simbología con la que él sustituía a los viejos motivos de las Letanías y nosotros deberemos recordarle siempre como el artista que construyó una nueva iconografía, tan amable como su carácter y tan profunda como la intensidad de sus sentimientos.

Dixit



Armando del Río: Imagen de la Virgen pintada por el pintor Armando del Río, de estilo leonardesco.

***"Armando del Río, excelente pintor y gran amigo",
por el Ilmo. Sr. D. Francisco Arquillo Torres***

Ilmo. Sr. Vicepresidente.

Ilustrísimos Sres. Académicos.

Familiares de mi querido y admirado Armando.

Señoras y señores.

Evocar la figura del Ilmo.Sr. D. Armando del Río Llabona supone para quien les habla una sentida satisfacción, porque además de una persona de bien, fue un compañero y amigo que se hizo querer sin ningún tipo de esfuerzo.

Confieso que su fallecimiento me llegó al alma, sentí profundamente su pérdida, porque las vivencias que compartimos en muchísimas ocasiones son difíciles de olvidar. Este tipo de personajes dejan siempre una huella indeleble en quienes apreciamos el valor de la amistad.

Desde mis tiempos de juventud fui uno de los más fervientes admiradores del pintor Armando del Río y aunque ello pudiera parecer una obviedad, cuanto asevero tiene su justificación.

Ambos residíamos en la barriada del Tiro de Línea, él era un artista que había irrumpido con fuerza en el apasionante mundo de la pintura, condiciones y dotes para ello le sobraban, y quien les habla, un simple aspirante a realizarse en la misma actividad que él tanto dignificaba.

Recuerdo que busqué una mediación para poder conocerlo personalmente, pero el deseo no se hizo realidad porque Armando siempre andaba muy atareado con sus exposiciones, viajes, becas, y todo tipo de compromisos artísticos.

Baste recordar a título de ejemplo la "Beca Murillo" que obtuvo en 1954 para viajar por España y Marruecos, la "Beca Velázquez" un año después

para ampliar estudios en Italia, el premio "Von-Karman" alcanzado en los años 1956 y 1958 para viajar a Inglaterra y E.E.U.U. respectivamente, o el premio de pintura "Gonzalo Bilbao" que le fue concedido en 1958.

Fue en la Escuela Superior de Bellas Artes donde pude conocerlo más profundamente, en su condición de profesor plenamente comprometido con la docencia a la que dedicaba todo su conocimiento y experiencia, haciéndose acreedor al reconocimiento de los compañeros y al aprecio de los alumnos, de lo que pueden dar fe las numerosas promociones de estudiantes que lo tuvieron como referente.

A raíz de esta etapa de estrecha relación pude comprender el porqué de su prestigio como pintor y consideración como persona.

Pero el prolífico Armando a su saber hacer unía una constancia y capacidad de trabajo digna de encomio, pues la obtención de una plaza de Profesor Numerario en la entonces Escuela Superior de Bellas Artes, no fue óbice que coartase o acomodase su desarrollo artístico y así lo demuestra la trayectoria seguida a partir de entonces, con la celebración de exposiciones, obtención de premios, viajes de estudios a numerosos países europeos, o el nombramiento por oposición de Catedrático de Colorido y Composición de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla, a la que sus muchos méritos le hicieron acreedor en 1967.

Si a ello unimos que en 1964 y posteriormente 1979 había conseguido las plazas de Profesor de Término en las Escuelas de Artes Aplicadas y Oficios Artístico de Corella (Navarra) y de Sevilla, respectivamente, además del reconocimiento a nivel institucional por la competencia demostrada, era también un signo inequívoco de su vocación para la enseñanza.

No quisiera que la frialdad de los datos estadísticos descriptivos de su trayectoria profesional, prime sobre la semblanza de las cualidades humanas de Armando del Río Llabona, al que personalmente profesaba una admiración que se fue fortaleciendo con el trato para desembocar en una buena amistad, porque ésta podemos encontrarla en distintas etapas de la vida, fundamentalmente cuando existen inquietudes comunes y sentimientos afines y esas circunstancias concurrían.

Nuestra relación como profesores de la Facultad de Bellas Artes fue siempre espléndida gracias a su generosidad y trato exquisito, actitud que todos reconocían y valoraban, pues era afable y compañero ejemplar.

Su acusada sensibilidad para todo cuanto concernía al arte fue uno de los puntos de encuentro que propiciaron nuestro acercamiento.

La conservación de los Bienes Culturales, campo en el que desarrolla su actividad quien les habla, era para Armando un asunto por el que sentía auténtica pasión, interesándose por ver y tocar las obras en restauración, que analizaba hurgando en los aspectos técnicos y las calidades plásticas y de las que decía eran obras antiguas con conceptos estéticos de otros tiempos, pero con una depurada ejecución digna de ser emulada, reconociendo en ocasiones que para él representaban una fuente de inspiración.

A raíz de la creación de la Escuela Superior de Bellas Artes en 1940, la pintura sevillana continuó el periodo de esplendor con una nueva generación de artistas, que sin renunciar a sus orígenes, vigorizaron con gran personalidad la plástica pictórica, algunos de ellos académicos de esta Real Corporación, como Alfonso Grosso al que Armando profesaba una especial admiración, como maestro que fue fundamental en su formación incentivándole para que afloraran sus condiciones artísticas y como persona en la que siempre encontraba el apoyo necesario.

Hombre agradecido y de bien supo honrar su figura dedicándole el discurso de ingreso en esta Academia, cuyo título fue: "Mi maestro Alfonso Grosso".

Armando era pintor de condiciones y facultades artísticas innatas, maestro de la ilusión de la que hacía gala para sorprendernos una vez tras otra, con creaciones donde la fantasía era consustancial con su manera de entender la pintura.

Su exquisita sensibilidad en el tratamiento del color ha quedado plasmada en sus obras, con un regusto personal de aquella generosa gama cromática de los pintores sevillanos de la primera mitad del s. XX, a veces con toques caprichosos de los "ismos" más vanguardistas.

De sus creaciones tenemos constancia en esta Institución con dos espléndidas obras: "La vendedora de aves en Bretaña" y "El Sacrificio de Isaac".

Pero su trayectoria no quedaría relegada al localismo, pues su prestigio como pintor tuvo reconocimiento a niveles nacional e internacional con presencia en numerosos museos y colecciones.

En su faceta como Académico de la Sección de Pintura siguió la línea de tantos grandes pintores que prestigiaron a esta Real Academia, siendo un ejemplo de altruismo y sentido de la responsabilidad, estando siempre presto a cualquier colaboración que se le solicitase.

Estas breves palabras de homenaje póstumo al que fue gran artista, docente vocacional, académico, y amigo entrañable, han pretendido expresar

el reconocimiento hacia una buena persona que se nos marchó, aunque dejándonos su memoria para siempre.

Pero Armando, que tenía la sencillez por bandera, se llevaría como único bagaje el recuerdo de las tres pasiones que tuvo en vida, su familia, la enseñanza y la pintura.

He dicho.



Vendedora de aves en Bretaña, por el Ilmo. Sr. D. Armando del Río Llabona



El sacrificio de Isaac, por el Ilmo. Sr. D. Armando del Río Llabona



Retrato del Excmo. Sr. D. Antonio de la Banda y Vargas, Presidente de la Academia desde 1991 hasta 2006, pintado por el Ilmo. Sr. D. Armando del Río para la galería de Presidentes de la Academia